

11—Adulterio en el Corazón

Habéis oído que se dijo: “NO COMETERAS ADULTERIO.” Pero yo os digo que todo el que mire a una mujer para codiciarla ya cometió adulterio con ella en su corazón. Y si tu ojo derecho te es ocasión de pecar, arráncalo y échalo de ti; porque te es mejor que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de pecar, córtala y échala de ti; porque te es mejor que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo vaya al infierno

Mateo 5:27-30

Comenzamos con las enseñanzas de Jesús. Las palabras mencionadas en el versículo anterior son parte del Sermón del Monte y podría decirse que están entre las más reconocidas de Sus frases. Algunos de ustedes quizás puedan recordar la campaña presidencial de Jimmy Carter y en particular una entrevista llevada a cabo por la revista *Playboy*, en la cual el hizo referencia a este pasaje al admitir que había cometido “adulterio en su corazón”. Los medios de comunicación aprovecharon esa oportunidad, indudablemente porque el Presidente Carter se sintió movido a destacar lo obvio. ¿Acaso no todos cometen adulterio en su corazón siempre? Su admisión aparentó sonar un poco tonta.

En el mundo actual, las miradas lujuriosas se han hecho tan común que algunos describen nuestra cultura como una “cultura porno”. Imágenes, formas de hablar y comportamiento sexual nos confrontan por cada esquina. Hartarse en un buffet visual se ha vuelto común

entre hombres, mujeres, jóvenes y hasta niños que constantemente rastrean su entorno para alimentar sus ojos lujuriosos.

Claro, muy pocos eligen llamar a su comportamiento lujuria, alegando que ellos solo están disfrutando de inofensivas golosinas visuales—placer inofensivo. Hecho discretamente, la emoción sexual común es defendida como “haciendo nada”. Hasta para los Cristianos, existe una tendencia de enfocarse en faltas más obvias y descaradas como el adulterio, el uso de pornografía y otras actividades aparentemente mucho más allá de la “inevitable” emoción sexual ilícita.

Haciendo Sentido de la Lujuria en el Corazón

Que Jesús tan fuertemente condenara la emoción sexual común ilícita es tanto fascinante como perturbador. La palabra que El utiliza para lujuria, “epithemia,” es la misma palabra utilizada en el Antiguo Testamento Griego de Su época para codicia. El Decimo Mandamiento prohíbe la codicia y de los Diez, es resaltado entre los “no comerás” porque es tan intensamente dirigida al corazón. Es fácil de camuflar. Nos decimos a nosotros mismos que no es algo serio—“Nadie está siendo herido.”

No codiciarás la casa de tu prójimo; no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo. (Éxodo 20:17)

Aquellos que escuchaban a Jesús sabían que codiciar estaba mal, pero mayormente ignoraron esta ley, así como hacemos nosotros. Sin embargo, permanece lado a lado con los demás nueve mandamientos. Jesús se enfocó en esa parte de los diez mandamientos que nosotros preferimos ignorar—no codiciarás “*la mujer de tu prójimo*”. Todos podemos estar de acuerdo que codiciar las cosas de tu prójimo es un comportamiento sin sentido y no productivo. ¿Por qué hacerte miserable por algunas miserables cosas? Pero codiciar la mujer de tu prójimo no te hace sentir miserable. Se siente bien. Diferente a cualquier otro tipo de codicia, ofrece una emoción placentera. Jesús enfatizó el peligro en romper esta parte de la ley agregándole dientes—igualando la

lujuria en nuestros corazones con el escandaloso y dañino pecado del adulterio. En esto—como en la mayoría de Sus enseñanzas—El se enfocó en el pecado ocurriendo en nuestros corazones.

Sacando El Ojo y Cortando La Mano

Especialmente alarmante es la sugerencia de que alguien se saque el “ojo derecho” o se corte la “mano derecha” si le causan que peque en esta manera. Yo creo que Jesús escogió estos miembros del cuerpo en parte para hacer referencia a la masturbación, la cual es una manifestación común de la lujuria sexual. A través de los años, esta frase dicha por Jesús ha causado que algunos actúen de manera precipitada. Sin embargo, optar por la amputación física para eliminar la lujuria es el resultado de una grotesca mala interpretación de un punto vital que Jesús estaba haciendo.

En vez de promover la auto-mutilación física, esta enseñanza nos obliga a reconocer que no son meramente las acciones observables de la carne, tales como la masturbación, que Jesús nos llama a eliminar. El confronta la lujuria que ocurre dentro de nosotros. Nuestro ojo está siendo utilizado para el pecado. Sin embargo, la lujuria en sí ocurre en el corazón y es precisamente del corazón que debe ser eliminada. Ya que los hombres ciegos y mancos son igualmente capaces de generar lujuria, la amputación física simplemente no funcionará. Como escribió Dallas Willard, “Ser aceptados por Dios es tan importante que, si cortar partes del cuerpo lo lograra, sería prudente cortarlas.”

Aún, la manera brutal en que Jesús presentó esta verdad debe cautivar nuestra atención. Lo que El enseña con respecto a la lujuria no es solo para aquellos que están tratando de alcanzar un nivel mayor de discipulado. No es solo para los super santos. Jesús dio esta enseñanza para todos nosotros. Es tan discordante de manera intencional, que no puede ser ignorado.

Elegir obedecer a Jesús requiere que nosotros dejemos de minimizar la emoción sexual ilícita. Es posible que pensemos que este pecado sea inconsecuente, así como Adán no prestó la debida atención a la advertencia de no comer la fruta prohibida. Sin embargo, no depende de nosotros decidir lo que nuestro Padre debe esperar de

nosotros. Tampoco debemos descartar Su enseñanza como muy difícil. Aquellos que creen que la lujuria—llevada a cabo de esta manera—es un pecado incontrolable o inevitable deberían considerar el siguiente paso lógico de la auto-mutilación. Después de todo, la severidad de este pecado, de acuerdo a Jesús, lo amerita. Sin embargo la mutilación de nuestros cuerpos o constreñirlos de alguna otra manera no eliminaría la lujuria en nuestros corazones. Simple obediencia es la única solución.

Adoptar una definición de la lujuria que sea menos demandante que lo que Jesús claramente enseñó puede proveer un poco de espacio y es una respuesta popular a su dura enseñanza. Nos permite seguir disfrutando la emoción sexual ilícita en cada esquina y descartar esto como inevitable o insignificante. Sin embargo, las palabras de Jesús continúan causando convicción a pesar de nuestros racionales.

Es mejor simplemente confiar en y obedecer a Jesús. Todo lo que El dijo es cierto y fiel. Sus discípulos pasaron sus vidas absorbiendo Su enseñanza, observándole vivir Su vida perfecta y luego esparciendo la preciosa verdad que El impartió para que—*“quien se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo para posesión suya, celoso de buenas obras.”* (Tito 2:14).

Reto: ¿Estarás de acuerdo? Este es el momento donde debes tomar una decisión. Las enseñanzas de Jesús con respecto a la lujuria permanecen en el centro absoluto de este asunto. Es mi profunda convicción y motivación para escribir este libro que la maravillosa, vivificante y libertadora enseñanza de Jesús nos llama a retirar el poder del deseo lujurioso de nuestros corazones y que tú y yo podemos y debemos obedecerle. Que el Espíritu Santo te revele que continuar con adulterio en tu corazón es absolutamente prevenible e inaceptable. Es un pecado del cual nuestro Señor desea liberarte.

El Ejemplo de Job—Nuestros Corazones No Siguiendo a Nuestros Ojos

En Job, se puede decir que es el libro más antiguo de la Biblia, vemos un excelente ejemplo del tipo de obediencia que Jesús busca en nosotros. Hablando con sus amigos, Job defiende su comportamiento explicando, “*Hice un pacto con mis ojos, ¿cómo podía entonces mirar a una virgen?*” (Job 31:1) El entendía el paso extra tomado por aquellos que pecan al apoderarse de una emoción sexual ilícita y estaba firme en su inocencia. Job declaró que “*su paso*” no se “*ha apartado del camino*” y su “*corazón*” no “*se ha ido tras*” sus “*ojos*” (Job 31:7). ¿No es esa una poderosa y concisa descripción de no permitir la lujuria en el corazón? La lujuria es un pecado evitable. Nuestros corazones tampoco tienen que seguir a nuestros ojos; sufriremos si tomamos ese camino. Job estaba obedeciendo la ley escrita en su corazón y haciendo lo que Jesús requiere. Debemos decidarnos a hacer esto también, haciendo un “*pacto*” con nuestros ojos hasta el punto como Job lo hizo.

La sabiduría convencional—hasta dentro de la iglesia—prefiere trazar una línea en otro lugar. Exactamente donde esta línea debe estar es raramente especificado. Sin embargo, es comúnmente trazada para que evitemos la pornografía y nos abstengamos de la masturbación. Algunos—como yo en el pasado—han elegido ser un poco más duros consigo mismos, determinándose a no ver películas R, usando sus DVR para adelantar los comerciales de cerveza o limitando el consumo de lo que es provocativo de cualquier otra forma.

Todo esto suena bien. Sin embargo, no llega lo suficientemente lejos. Regresa y revisa las normas establecidas por Jesús y las reclamaciones hechas por Job. La copa de la cual tomamos nuestra lujuria no es el asunto. Es la lujuria en sí que debemos eliminar. Solamente porque tus estándares sean mejores que las del próximo sujeto y has creado un ambiente reluciente de limpio sin televisores, computadoras o revistas no significa que seas libre de la lujuria. Ninguna de estas cosas estaban disponibles en los días de Jesús, pero su mandato fue tan difícil de tragar en ese entonces como ahora.

Un pastor de jóvenes ilustró la necesidad de cero tolerancia presentando una bandeja de brownies recién horneados ante un grupo de adolescentes. Antes de permitirles comer, él les explicó que mezclado entre los brownies había un poco de excremento de perros—“No mucho, solo un poco. De hecho, es probable que ni lo detecten.” Así mismo es permitir un poco de lujuria en nuestras vidas.

La Cosecha con Espinas

A través de los años, yo tenía la impresión—compartida implícita o explícitamente por muchos otros—que Jesús trazaba esta línea de forma muy severa. Yo desviaba Su enseñanza con respecto a la lujuria descartándola como una misteriosa “frase dura” de la cual nos podemos hacer preguntas pero no aplicarla. Después de todo, ¿por qué El se fijaría en el tema de la mirada lujuriosa cuando existen tantos pecados sexuales mucho peores? Ahora está claro para mí que Jesús—quien diseñó la mente humana y plenamente comprende a todos los hombres—sabía que hacer una lista y prohibir las formas más obvias en que los hombres pueden pecar sexualmente nos causaría perder el punto.

Todos los demás pecados sexuales se derivan de la mirada lujuriosa y el corazón adúltero. Cuando usamos nuestros ojos para cargar la lujuria estamos plantando una pala completa de semillas de espinas silvestres dentro de la maravillosa tierra fértil de nuestros pensamientos. Estas crecen rápidamente y asfixian la vida de un Cristiano. Jesús describió esto de la siguiente manera:

Y la semilla que cayó entre los espinos, éstos son los que han oído, y al continuar su camino son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y su fruto no madura. (Lucas 8:14)

No es un problema de la tierra o de la semilla. En vez, somos amenazados por los espinos—pecados destructivos—que asfixiarían nuestras vidas si les permitimos que florezcan. Una respuesta a la infestación de espinas es rasgarnos las manos sacando las plantas maduras una por

una. Esta no es una solución efectiva—el daño ya está hecho. En vez, debemos reconocer el peligro de permitir que las plantas con espinas echen raíces y negarle a las semillas de pecado que crezcan. He aquí como esto ha trabajado en mi vida: Cuando irresponsablemente me tragué las golosinas visuales, el pecado echó raíces e inevitablemente prosperó. Por otro lado, al rehusar la tentación de “comer tan solo una”, soy capaz de erradicar la lujuria antes de que me venza.

Mientras nosotros presuntuosamente nos rendimos ante el pecado, permitimos que la maleza de la lujuria asfixie nuestra habilidad de madurar y dar fruto. La parábola del sembrador y la semilla es repetida en tres de los evangelios y se le otorga más prominencia y atención que a cualquier otra de las que Jesús dio. Esta describe a cada uno de nosotros y la forma en que elegimos vivir.

Reto: Debes de asegurarte de ser como esas pequeñas semillas que están madurando para dar fruto al “*ciento por uno*” (Lucas 8:8) como debe ser. Si estás fallando al no madurar y dar fruto, es una tragedia de una inmensa magnitud. Encuentra cualquiera que sea el arbusto de espinas que te está estorbando y elimínalo. Si la lujuria—los *placeres (hedoné) de la vida*—son tu debilidad, comienza ahí en vez de culpar a algo o alguien más por tu débil desempeño.

Argumentos Basados en La Biblia Contra Obedecer a Jesús

Varios maestros claman tener fidelidad a la autoridad de la Palabra de Dios, sin embargo no están dispuestos a enseñar tan directamente como lo hizo Jesús con respecto a la lujuria. Aquellos que se desvían de Su clara enseñanza invariablemente hacen eco de la forma astuta en que Satanás manipuló a Eva—“*Conque Dios os ha dicho así....*” (Génesis 3:1)—cuestionando y distorsionando el mandato de Dios.

Esto es desastroso. Cualquier tendencia a diluir o menospreciar lo que Jesús enseñó es inexcusablemente destructiva. Es Su enseñanza que demanda toda nuestra atención—no debemos desobedecerle. Mantener el pecado en nuestros corazones es lo que nos hace “*cansados*”. Al permanecer en El y Su Palabra permanece en nosotros,

obtenemos un descanso real para nuestras almas. Su *“yugo es fácil”*; Su *“carga es ligera”* (Mateo 11:28-30).

Enseñanzas muy populares con respecto a cómo tratamos con el pecado ha dado cabida a la falsa idea de que no hay victoria real sobre el pecado o por lo menos ciertos pecados. Mientras yo luchaba contra la lujuria a través de los años, yo lamentaba el daño causado a mi vida pero simplemente me resigné a eso. Sin embargo, la naturaleza del pecado es tal que no descansa cómodamente en la vida del creyente. No es algo que podemos domar o regresar a él sin que nos abruma.

Mi continuo pecado y deseo de perdón luego del acto sonaba ficticio a mí mismo porque yo sabía que no estaba tornándome de mi pecado decididamente. Ya que estaba utilizando una definición mutilada de la lujuria y no reconocí plenamente mi pecado, mi vida espiritual estaba bajo constante ataque. Yo ahora reconozco que mi problema surgió directamente del adulterio en mi corazón que yo mismo me permitía. No reconocer el problema precisamente solo hacia las cosas más frustrantes.

Tristemente, lo que estaba leyendo y escuchando de parte de los maestros Cristianos no ayudó. Recuerdo haber escuchado varios mensajes de líderes que confesaron haber tratado con la lujuria de una forma que me sonaba fuertemente familiar. Ellos describieron los momentos cuando experimentaron el fracaso y su inhabilidad de resistirse a los pensamientos e impulsos lujuriosos a un nivel u otro. Usualmente, confesiones de este tipo se darían de paso, pero tuvieron gran impacto sobre mí porque no incluían ejemplos de victoria sobre el pecado o una clara instrucción en el área.

Las enseñanzas con respecto a la lujuria que no proveen una clara dirección Bíblica extienden un manto asfixiante sobre aquellos que están luchando. Está claro que aquellos que enseñan de esta forma están hablando tan cándidamente como se atreven, pero ni conocen ni proclaman una vida victoriosa sobre el pecado. Lastimosamente, esto solo causa que quienes les escuchan se rindan también.

Esta falsa enseñanza está reforzada por la constante exhibición de fracasos que aparecen con frecuencia desde el interior de la Iglesia. Escuchamos de este pastor o aquel líder siendo atrapado

figurativamente o literalmente con sus pantalones abajo. Por ejemplo, fue menos de un año después de que Ted Haggard haya sido anunciado en la portada de *Christianity Today* como el nuevo campeón evangélico, que él tomó su lugar al centro del circo mediático, siendo expuesto y denunciado como hipócrita por un hombre dedicado a la prostitución.

Tales espeluznantes historias crean una impresión de que los pecados como la lujuria juegan una función predominante en las vidas de todos los Cristianos y que aquellos que aparentan comportarse piadosamente están meramente encubriendo el pecado que se oculta en sus corazones. ¿Acaso es alguna sorpresa que una generación completa de Cristianos jóvenes está abandonando la Iglesia? La delgada capa de obediencia superficial no es atractiva y es justamente rechazada como hipócrita.

¿Demasiado Simple?

Cuando comencé a comprender que mi problema con deseos malvados derivaron de recibir gratificación sexual ilícita, de inicio me pareció un tanto simple. ¿Cómo es posible que obedecer la directiva de controlar el uso de mis ojos y negarme la emoción sexual ilícita en mi corazón sea central? Aquí te ofrezco una breve observación de esto.

Simplicidad de concepto no se traduce a simplicidad de implementación en una vida que ha sido atormentada por años de malos hábitos. Nuestros ojos y corazones rebeldes no se unen mansamente al programa. Sin embargo, Jesús fue claro. No había palabras malgastadas cuando El hablaba. Somos nosotros quienes hacemos de esto algo complicado y queremos evitar la simple obediencia que requieren Sus palabras. Al comenzar a ser obedientes, somos apoyados por el poder del Espíritu Santo, quien nos llama y nos guía hacia la piedad.

Muchos están tan abrumados por la lujuria que no ven esperanza. Es como una severa y debilitante enfermedad que les ha infectado fatalmente. ¿Aplican las palabras de Jesús para estos también? ¡Absolutamente! Considera al general Sirio Naaman, quien vino al profeta Eliseo para ser sanado de su descontrolada lepra (2 Reyes 5). De inicio Naaman menospreció y rehusó la receta poco impresionante

de lavarse a sí mismo en el enlodado río Jordán. Finalmente accedió y fue sanado a pesar de sus dudas de que un acto tan simple y humilde le sanara.

Reto: No evites lo que Jesús está diciendo con respecto a la lujuria. Jesús desea hacerte libre y te ha dicho exactamente lo que eso requiere. Mientras más desesperanzado y desanimado el cautivo, mayor es el gozo cuando las ataduras son sueltas. Toma Sus palabras y plántalas en tu corazón. Dale tu completa atención. Luego, observa y recuerda cuando cometas adulterio en el corazón. Haz una cuidadosa, brutal y honesta evaluación de cada instante cuando has ido muy lejos. Observa también que tu desobediencia siempre resulta en una cosecha llena de espinas. Puede que no sea inmediata—a veces cuando menos lo esperas—pero la cosecha es segura. “*Un hombre cosecha lo que siembra*” (Gálatas 6:7).

Temas a Discutir:

1. ¿Qué quiso decir Jesús que hiciéramos en Mateo 5 donde El describe la lujuria en el corazón?
2. ¿Qué nos estaba tratando de enseñar Jesús cuando El describe sacarnos los ojos y cortando nuestras manos?
3. ¿Estás de acuerdo con la forma en que Mateo 5:27-30 fue explicado en este capítulo? Si estás de acuerdo, ¿Cómo afectará la forma en que vives? Si no estás de acuerdo, explica como interpretas estos versículos.
4. Comparte una experiencia cuando una cosecha de espinas creció en tu vida porque te rendiste ante la lujuria.
5. Jesús espera que obedezcamos Sus mandamientos. ¿Qué te impide obedecerle? ¿A quién conoces que hace esto? Recuerda el pacto de Job con sus ojos y su descripción de que su corazón no sigue tras sus ojos. ¿Cómo se vería tal pacto en tu vida?